

El rapto divino de Messiaen

Pablo Espinosa

¿Por qué cantan las aves? Responde el ornitólogo profesional, como gustaba identificarse el compositor francés Olivier Messiaen: el ave no sólo canta, primero habla. Habla en canto, ése es su lenguaje y es comprensible por los humanos.

Es un lenguaje simple con significados sencillos: dice te quiero, dice es hora de comer. Cuando hay peligro es un grito de alerta, impactante, que las demás aves reconocen.

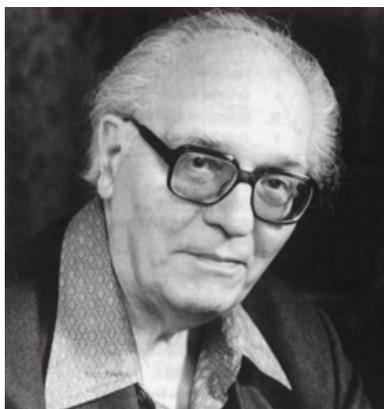
Ése es su lenguaje, milenario. Su canto es mucho más moderno y artístico y cumple diferentes funciones —sigue su cátedra Messiaen—: la primera es territorial y el ave canta para decir ésta es mi casa, ésta es mi mujer, pero sobre todo éste es mi territorio.

Hay también una función elevada del canto de las aves: el macho canta cuando está enamorado y canta para seducir, para asombrar. La tercera categoría es la inspiración y lo hace por placer y canta por amor, celebra la luz y le canta a la aurora y al ocaso. Canta para saludar la luz del alba y para decir adiós a la luz que agoniza.

Y todo esto es un gran teatro de signos.

Porque para Messiaen el paisaje, las aves son sobre todo signos. Son signos de valor religioso.

Está por cumplirse el centenario de Olivier Messiaen (10 de diciembre de 1908-27 de abril de 1992) y todo el planeta suena a Messiaen. Cientos de conciertos por doquier, puesta en escena de su monumental ópera San Francisco de Asís en las principales casas de teatro en el mundo, conciertos de música de cámara, sobre todo y en especial el Cuarteto para el fin del tiempo, evento que ya sucedió en la Ciudad de México y en el inminente Festival Cervantino también sonará Messiaen, mientras en Oaxaca ese magno evento ciudadano titu-



Olivier Messiaen

lado Instrumenta Verano tuvo como subtítulo *Los colores de la ciudad*, en anfibología afortunada por los matices visibles e invisibles de la Antigua Antequera y por el título de una de las obras de Messiaen: *Los colores de la ciudad celeste* y la polisemia se puede extender *ad libitum*, por ejemplo en el caso del *Quatuor pour la fin du temps*, la traducción inglesa es más precisa que algunas en español en el uso del singular y el plural en cuanto al tiempo o los tiempos, pues Messiaen se refiere, en una de sus felices aventuras semánticas, al fin del tiempo como concepto aunque la referencia anecdótica es el Apocalipsis bíblico.

Tiempo, ritmo, naturaleza, color, religión, el canto de las aves, el concepto de transposición, los palindromas sonoros, el órgano monumental, la noción espiritual de las cosas, el serialismo, la transfiguración, el cosmos. El súmmum mesiánico es incommensurable.

Hay distintas maneras de nombrar a uno de los compositores definitivos de la historia. En primer lugar, es Igor Stravinsky (1882-1971) quien más influyó en el destino del

arte de la música durante el siglo xx. Eslabonó la gran tradición sonora de Occidente con un nuevo estado de cosas. Definió la puesta en vida de lo que hasta entonces era solamente planteamiento inicial, como por ejemplo las ideas wagnerianas en *Tristán e Isolda* y sobre todo esa gran piedra de toque que significó la ópera *Pelleas et Melisande* de Debussy.

También puede uno referirse a Olivier Messiaen como un compositor religioso en el más puro sentido del término. Al igual que Johann Sebastian Bach consagró su vida al servicio y alabanza del Dios cristiano de manera absoluta. Cierto, Anton Bruckner también ofreció su espíritu creador a la divinidad, inclusive también fue organista de una iglesia modesta, al igual que hizo Messiaen. Pero en toda la historia de la música, incluyendo por supuesto todo ese periodo oscuro en que la Iglesia gobernó al mundo y la música era religiosa por inercia, no hay un compositor salvo Messiaen a quien pueda nombrarse religioso absoluto, pleno y noble, coherente y dedicado, dueño de una espiritualidad preñada de ideas, conceptos, ejecuciones terrenales de la divinidad.

No solamente el título de sus partituras, sino el concepto entero de cada una de ellas y prácticamente del total de su obra, acusan tal integridad. *Veinte miradas al niño Jesús*, *Majestad de Cristo pidiendo gloria a su Padre*, *Alabanzas serenas de un alma que anhela el Cielo*, *Banquete celeste*, *La Ascensión*, *Los cuerpos gloriosos*, *Visiones del Amén*, *Tres pequeñas liturgias de la Presencia Divina*.

Su carácter místico se explica no solamente también por sus certezas, convicciones y creencias, sino por su alta sensibilidad como persona, además de su formación

cultural y su empatía con los místicos, en primer lugar San Juan de la Cruz.

Un signo evidente de tal sistema de vasos comunicantes que aprobaría Mircea Eliade es la concepción cósmica que imprimió en una de sus obras monumentales: *Des Canyons aux étoiles*, una historia del cosmos ubicada en sus visitas al Gran Cañón en Utah. En esa vasta obra, en doce movimientos simétricamente dispuestos en tres partes, describe no solamente los colores de las rocas y el paisaje, sino el color del tiempo, concepto que desarrolló con profusión y se sumerge en la mismísima historia del planeta Tierra y su ubicación entre las estrellas.

En la primera parte de esa obra, desarrolla una idea vital: en este gran vacío, dice Messiaen, uno puede descubrir la abundancia. El sistema de vasos comunicantes lo conecta de inmediato con el concepto de vacuidad budista, al igual que el de la impermanencia se manifiesta en otro de sus títulos: *Éclairs sur l'Au-Delà...* (*Iluminaciones del más allá*), más cercano a la certeza tibetana que a la idea cristiana. El músico religioso, el cristiano ejemplar Olivier Messiaen encarna en su obra una consecución espiritual que ningún otro autor ha logrado. Su música nos conecta con la divinidad de una manera plena, al mismo tiempo corporal que anímica, lo mismo en cuerpo que en mente que en espíritu.

El pensador Messiaen ejecutó también un nuevo orden en la geometría y las matemáticas.

Soy músico, no matemático, no me interesan las cifras, los números, me interesan las intensidades, las duraciones: si usted dice tres por ocho igual a veinticuatro no me interesa, pero si usted dice tres octavos me interesa mucho, porque ésa es una forma de ordenar la música, para realizar transposiciones.

Tal concepto de la transposición está latente en el canto de los pájaros del que están llenas sus obras, al igual que el color, capítulo que por sí mismo propicia tratados completos de análisis.

Su poder de evocación sonora, su pintura sonora, nos hace ver el mar, la naturaleza, los colores, en especial los índigo, naranja, rojo, magenta y sus combinaciones preferidas entre ellos. Vemos entonces en su música el tiempo, el tiempo de las estrellas, el tiempo de las aves, el tiempo de la aurora boreal.

Cuando otros compositores han intentado imitar la naturaleza en su obra inciden por lo general en lo *naïve*. Escúchese si no *Las cuatro estaciones* de Vivaldi o la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven. El método de Messiaen es siempre infalible en cambio: “yo no soy cifrador, soy músico, expreso simplemente lo que escucho y lo traslado a mi propio lenguaje. No traduzco, hago transposiciones”.

Más allá del logro de los impresionistas, que pintaron lo que veían, no lo que pareciera una imitación de la naturaleza, Messiaen crea su propia ingeniería musical para pintar los sonidos del agua, los sonidos de la luz. Sigue una cuarta categoría del canto de las aves, cuando por diversión imitan a otras aves (“es cuando el papá mirlo hace parodias, pastiches, imitaciones de otras aves para divertir a sus hijos”), de manera que se parecen sin parecerse, hacen una imitación transfigurada.

Otro secreto mesiánico: la naturaleza es esencialmente simbólica. No tiene un punto de vista objetivo sobre la naturaleza, establece su propio sistema de signos y les asigna un valor religioso. La naturaleza es para Messiaen un estado del alma.

Rebasó entonces a los teóricos, los científicos, los técnicos y los diletantes. Helmholtz por ejemplo, en el siglo XIX, buscó establecer valores de un código y trató de descubrir la analogía entre la progresión de los colores

del espectro y la progresión de las notas de la escala musical.

Las referencias al matrimonio del ojo y el oído son vastas. Ninguna de ellas se acerca siquiera al gran logro de Messiaen, quien creó no sólo su propio teatro de signos, sino su propio sistema de intervalos, según explica Pierre Boulez, su alumno.

Los sentidos de la vista y el oído distinguen ambos una serie de percepciones asociadas con espectros de frecuencia. Incluso antes de que fuera posible confirmar la intuición de que la extensión fuera una propiedad del color, muchos querían creer que los colores, como las notas, difieren entre sí según sus proporciones geométricas.

Aristóteles, Kircher, Newton, Vernon desarrollaron el pensamiento en tal sentido hasta llegar a una verdad científica bastante flácida: que la sinestesia es una “anomalía”, de la misma manera que muchos afirman, con la luz del conocimiento en la mano, que la dislexia es una enfermedad cuando hay demostraciones palpables de que se trata de virtudes fuera de lo común, por ejemplo la escritura de derecha a izquierda de Da Vinci o las potencias que desarrollan seres de luz, como Dalis.

Los científicos describen la sinestesia como una anomalía cognitiva en la que un estímulo dado dentro del dominio de un sentido (en este caso ondas sonoras) provoca percepciones pertenecientes al dominio de otro sentido (en este caso imágenes). Así que Vernon halló en 1930 que el 18 por ciento de sus pacientes visualizaban las notas musicales que escuchaban. Ocho años más tarde, Karwoski y Odber encontraron que de entre 274 estudiantes universitarios el 60 por ciento mostraron alguna sensibilidad sinestésica.

La sinestesia de Olivier Messiaen es otro mentís a la ciencia y él mismo se encargaba de suavizar con ironía: “desafortunadamente yo no tengo esa maravillosa

Gracias a Messiaen vibramos en armonía cuando, frente al prodigio de sus partituras, gozamos en el cosmos el rapto que experimentamos ante la presencia de lo divino.



enfermedad, pero intelectualmente yo también veo los colores de la música, aunque sea sólo en mi espíritu, e intento ponerlos en mis partituras para transmitirlos al escucha. Los sonidos son muy sencillos: altos, bajos, cortos, largos, y sus colores también. Forman una especie de círculo mágico y se mueven igual, como arco iris deslizándose de un arco al siguiente. Es algo muy fugitivo e imposible de fijar, de congelar. Pero, ojo, los colores del pintor son colores de músico, no de pintor. Es el rapto que experimentamos ante la presencia de lo divino”.

Es por eso que Messiaen es capaz de pintar el color del tiempo. En el *Quatuor pour la fin du temps*, por ejemplo, está el tiempo, el paso del tiempo, los signos del espacio aquel, la ciudad dorada, donde no hay tiempo ni espacio, sólo un presente perpetuo.

El legado de amor de Olivier Messiaen se manifiesta de mil maneras. Si uno escucha *El catálogo de los pájaros*, ciclo de piano en trece piezas, puede asociarlo con una escena de amor con la pianista excelsa Yvonne Loriod, esposa de Messiaen, quien narra una madrugada en el bosque

francés durante una de las numerosas sesiones de observación de aves que ambos compartieron, ella con un magnetófono grabando los cantos de las aves, él con una tabla y papel pautado, de pie, realizando transposiciones en notación musical de esa música de aves.

Una de esas madrugadas sucedió un prodigio entre el diluvio de prodigios que les ocurrían a diario. De repente Messiaen hizo una señal con el índice derecho, que llevó a su oreja, señal que siguió su mujer activando de inmediato el magnetófono. “Es increíble, es un curlew, éste no es un lugar donde habiten esas aves”, dijo él cuando cesó el canto. “Sí, por supuesto que es un curlew”, corroboró ella. “Pero, ¿cómo sabes que es un curlew si en tu vida has visto uno?”, inquirió Messiaen. “Efectivamente, nunca he visto uno, pero es el movimiento trece de tu *Catálogo de los pájaros*, que conozco de memoria”.

El universo maravilloso está plasmado en la música de Olivier Messiaen. Su escucha ilumina nuestras vidas. Nos proporciona convicciones y certezas, como la que a continuación comparto, porque cada escucha, como todo ser, es único e irrepetible, tene-

mos nuestra propia visión de cada música y de cada compositor.

En armonía con la religiosidad profunda de Messiaen y en un sentido ecuménico puedo afirmar que Olivier Messiaen es un ser angélico. Acordemos que los ángeles no habitan iglesias ni panteones, sino el cosmos y son entidades de la divinidad. Olivier Messiaen cumplió con creces el trabajo de los enviados que cumplen en esta tierra nuestra una misión muy elevada, como la de Dalís, que consiste en proporcionarnos enseñanzas, fortalecernos en el aprendizaje y sobre todo conectarnos con la divinidad.

Me apoyo en su música y en una sesión matutina en el Conservatorio de París, donde formó a varias generaciones de compositores, no de seguidores sino de maestros a quienes ayudó a encontrar su camino propio: Pierre Boulez, Iannis Xenakis, Karlheinz Stockhausen, Pierre Henry, György Kurtág, entre otros gigantes de la música del siglo veinte.

Una de esas mañanas que cubrió de buen humor, sonrisas, bromas, bonhomía, el profesor Messiaen les dijo a estos futuros gigantes: hoy les traigo una sorpresa, *Pelleas et Melisande*, la obra de Debussy que cambió mi pensamiento y mis ideas y me ayudó a descubrir mi propio camino. Miren, en esta página de la partitura le pregunta ella a él: ¿de dónde eres? De loin, très loin. Soy de lejos, de muy lejos, quizá de otro planeta o de otro plano.

Cuando los ángeles descienden a la tierra cambian de plano dimensional, cruzan un portal dimensional y nos comparten su luz.

Eso hizo Olivier Messiaen. Estuvo entre nosotros ochenta y cuatro años en el tiempo de los mortales, el tiempo que nos hizo comprender el significado esencial del concepto tiempo, ver y escuchar todos sus colores en el éxtasis de la aurora boreal.

Está a punto de cumplir cien años esa epifanía.

Hoy su música llena de colores, ritmo, luz, muestra experiencia vital. Escuchamos su *Sinfonía Turangalila* como una hermosa celebración del amor y de la vida.

Gracias a Messiaen vibramos en armonía cuando, frente al prodigio de sus partituras, gozamos en el cosmos el rapto que experimentamos ante la presencia de lo divino.

Salve, Arcángel Messiaen. **U**